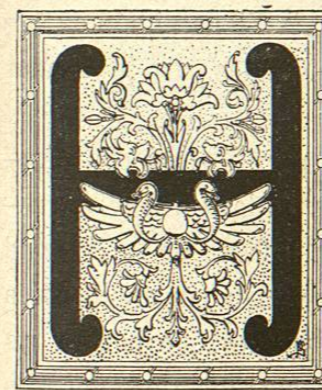




APÉNDICE (*)

LA APOTEOSIS IMPERIAL

LOS RESTOS DE NAPOLEÓN EN LOS INVÁLIDOS



HEMOS seguido paso á paso la existencia del emperador Napoleón en la isla de Santa Elena, durante los seis años que allí permaneció, náufrago en las tempestades que por su propia voluntad suscitara, imagen de Prometeo encadenado en la roca por haber querido robar también el fuego del cielo, por querer ser él á manera de un Zeus, dispuesto siempre á lanzar los rayos de su cólera contra los que se atrevieran á oponerse á sus designios.

Aquellos seis años habian sido de durísima prueba para el que por tan largo espacio de tiempo fuera el verdadero árbitro del mundo. Habíase embarcado en el *Northumberland* derramando lágrimas amargas, ante la cobardía de la segunda capitulación de París; habíalas contenido á la vista de aquella ardiente y negruzca masa de peñascos donde debia sufrir el cautiverio, estrechamente vigilado, espiado como si se tratara de un peligroso criminal.

(*) ADVERTENCIA DE LOS EDITORES. Hemos creído necesario completar con este *Apéndice* el interesante relato histórico en que, bajo el título de *Las tres islas de la epopeya napoleónica*, se describen las tres etapas menos conocidas de la vida de Napoleón, fieles al plan que nos propusimos de que sirviera de complemento y ampliación á la obra: *Napoleón y su tiempo*, magistralmente escrita por M. Roger Peyre y que figura con aceptación siempre creciente en el catálogo de nuestra casa.

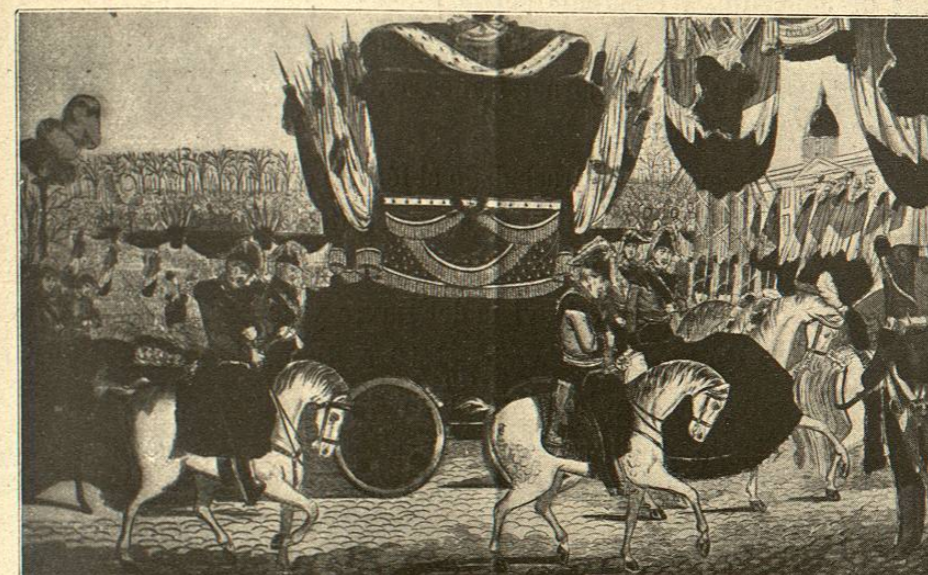
De vez en cuando llegaban á su conocimiento noticias de defecaciones, ingraticudes y debilidades que sublevaban su ánimo; los mismos que le rodeaban le perdían el respeto, querellándose entre sí. El gobernador, Hudson Lowe, cumpliendo fielmente las instrucciones del gobierno inglés, le trataba como pudiera hacerlo el más riguroso carcelero. Allí reflexionó sobre los grandes errores que había cometido, pero no era ya hora de pensar en remediarlos.

Cuando llegó á Francia la noticia de su muerte, apenas si la emoción ocasionada pudo traspasar los límites de los hogares, celosamente prohibida por la policía toda manifestación pública. Empuñaba entonces el cetro de la monarquía restaurada Luis XVIII, y, bien sujeto y estrechamente vigilado *el Ogro de Córcega*, perseguidos de muerte sus partidarios y echados del ejército sus viejos *gruñones* y sus jóvenes coroneles, no inspiraba cuidado el bonapartismo. Por otra parte, el olvido era completo en el campo liberal. Ni Riego ni Pepe se habían acordado para nada del prisionero de Santa Elena al sublevarse contra la monarquía absoluta en España y en Nápoles para proclamar la Constitución.

No debían caer los Borbones de Francia por ninguna conspiración bonapartista: fué su caída obra exclusiva de los *carbonarios* republicanos; derribóles el pueblo analfabeto, en defensa de la libertad de imprenta; acabó con ellos la ira popular, provocada por una política insensata que parecía negar el movimiento; por los que ponían un paréntesis entre 1789 y 1814 y se empeñaban en remontar contra la corriente un río impetuoso, lleno de escollos.

Habíanse creado muchísimos intereses *materiales* á la sombra de la Revolución y del Imperio, y los ilusos consejeros de Carlos X se atrevieron á amenazarlos. Debía ocurrir una catástrofe, y ocurrió. Lo que pasó luego fué sorprendente: en vez de triunfar los autores de la revolución de Julio, obtuvo una corona «semi-legítima» el príncipe Luis Felipe de Orleans, que nada había hecho ni tomado parte alguna en *las tres gloriosas jornadas*. Los republicanos se creyeron traicionados, y conspiraron para derribar aquel trono que había sido levantado contra su voluntad y contra sus intenciones, y así se formó un partido poderoso, vencido no pocas veces, pero que por fin había de vencer á su vez.

Transcurrieron los años, y amortiguadas las antiguas pasiones, quedó la memoria de Napoleón como el recuerdo de un hombre por encima de las parcialidades, para constituir tan sólo una gloria nacional. Había sido llamado al poder M. Thiers, autor ilustre de la *Historia de la Revolución y del Imperio*, y fué uno de sus primeros pensamientos la traslación de los restos de Napoleón desde Santa Elena á París y la construcción de un cenotafio en la iglesia de los Inválidos.



Llegada á París de los restos del Emperador.

(En los cuatro ángulos del carro mortuario, á caballo: el general Bertrand, el mariscal duque de Regio, el conde Molitor y el almirante Roussin.) (Reproducción de una estampa de la época.)

Ocurría esto en 1839. Habíase encontrado Francia en riesgo de romper con Inglaterra, pero habló Adolfo Thiers y dió á entender que en manera alguna convenía ponerse enfrente de tan poderosa nación, antes bien se imponía su *alianza*. El pueblo se opuso, pero la clase media aplaudió, y así fué como cayó el ministerio y subió M. Thiers, animado siempre del deseo de estar en buenos términos con Inglaterra y de extender la popularidad de los Orleans. De ahí la idea de la traslación de los restos del Emperador; de concederla Inglaterra, quedaba demostrada su buena amistad, y además, con la apoteosis de Napoleón se consolidaba la forma monárquica, ó si se quiere, se procedía á un plebiscito, cuyo resultado había de ser indudablemente antirrepublicano.

Además, proclamando la *legitimidad* de Napoleón, se legitimaba también la dinastía de Orleans. De ahí que muchos tratasen de comedia la idea de M. Thiers y se diese el caso de que los más acerbos censores de la traslación fuesen los bonapartistas, al comprender que el gobierno trataba de aprovecharse en beneficio suyo de la popularidad del héroe.

Descrito queda el viaje de *La Belle Poule*, mandada por el príncipe de Joinville, y escoltada por la *Favorita* y después por la *Orestes*. La escuadrilla, al cabo de seis semanas de navegación, llegaba al puerto de Cherburgo, en aguas francesas, creación de Napoleón I, el 30 de Noviembre de 1840.

El 8 de Diciembre era trasladado el féretro del Emperador desde la capilla ardiente de *La Belle Poule* al vaporcito *Normandia*, escoltado por las goletas *Correo* y *Veloz*. Esta escuadrilla, después de cruzar por el golfo de Calvados, á la vista del Havre y de Honfleur, remontó el Sena desde Quillebert y llegaba el 10 á Ruan, donde el imperial convoy era saludado con delirantes aclamaciones de entusiasmo.

La noticia de que pasaba por el río el vapor que conducía los restos mortales del héroe insigne, prontamente propagada por todos los pueblos, así ribereños como del interior, hizo que acudieran á presenciar el desfile de los buques centenares de miles de almas, que prorrumpían en frenéticas aclamaciones al que tanta gloria había proporcionado á Francia, olvidándose de los males que también la había acarreado.

Allí acudían los prefectos de los departamentos, la guardia nacional de las ciudades, villas y lugares vecinos, los ayuntamientos, el vecindario en masa de las localidades cercanas, obreros y labradores en traje de fiesta, mujeres y niños, ansiosos de contemplar el *Normandia*, donde era conducido el precioso depósito, y desde á bordo de la flotilla veíanse coronados los ribazos, las cumbres y los mismos árboles cercanos á la orilla de una multitud que no cesaba de proferir clamorosos vivas y agitar al aire sombreros, gorras y pañuelos.

Para comprender semejante desbordamiento de entusiasmo, precisa tener presente que en aquella sazón habían vuelto á hacerse sumamente tirantes las relaciones entre Francia é Inglaterra, y la apoteosis del Emperador representaba como una renovación de la protesta con-

tra la pérfida Albión, la enemiga tradicional. De alguna manera había que demostrar á la Gran Bretaña el rencor de Francia por las humillaciones que la infligían sus hombres de Estado aislándola, combatiéndola en todos los terrenos y alardeando de una arrogancia insoportable para con el gobierno, y, sobre todo, con M. Thiers, presidente del Consejo y promovedor de la idea. Así, Francia, no pudiendo protestar de otra manera, lo hacía evocando antiguos recuerdos.

* * *

Llegada la flotilla á Courbevoie, cerca de San Dionisio, fué desembarcado el féretro el 14, á las cuatro de la tarde, por la marinería de *La Belle Poule* y trasladado á un templete griego, que con tal objeto se había levantado cerca del desembarcadero.

Inmenso gentío acudió á rendir homenaje á los restos durante toda la noche, y al amanecer del 15 fué colocado el féretro imperial en el suntuoso carro fúnebre construído expreso para hacer su entrada en Paris aquel mismo día.

El carro imperial constaba de cinco partes: primero, el zócalo; segundo, el pedestal; tercera, las cariátides; cuarta, el escudo, y quinta, el sarcófago. El zócalo estaba asentado sobre cuatro macizas ruedas doradas; tenía veinticinco pies de largo por seis de altura, y formaba una plataforma, delante de la cual quedaba un espacio circular. Sobre esta plataforma descansaba un grupo de genios que sostenían la corona imperial de Carlomagno, y en los cuatro ángulos del zócalo veíanse esculpidos en bajorrelieves sendos genios que sostenían con una mano guirnaldas de roble y de laurel y con la otra la trompeta de la Fama.

En la parte superior del zócalo figuraban varios haces de hachas, emblema del poder, como los de los lictores romanos, y en el centro las águilas y la cifra del Emperador. Todo el zócalo y los atributos mencionados estaban dorados en mate.

El pedestal, elevado sobre el zócalo, medía diez y ocho pies de longitud por siete de altura. Iba cubierto con un paño de terciopelo de color violeta con realces de oro, y la cifra y el escudo de armas de Napoleón. A un lado y otro colgaban dos inmensos mantos imperiales sembrados de abejas de oro, símbolo de su poder, y en las caras anterior y posterior figuraban grupos de banderas tricolores.